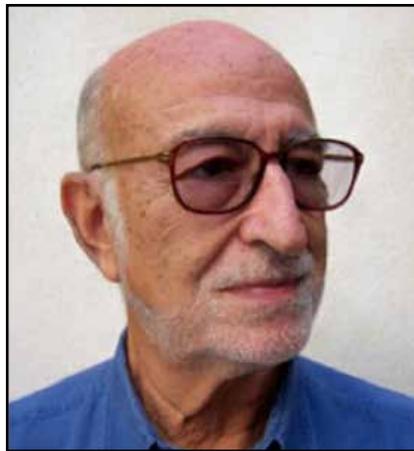


Néstor O. Bianchi

por Eduardo E. Castilla



Semblantearlo a Bianchi es tarea sencilla, casi cobarde, por la transparencia del hombre. Un hombre íntegro y genuino no puede dejar de ser transparente ya que nada oculta ni nada simula. Las cosas son como son y también lo es él delante de ellas. Bianchi dice lo que piensa sin preocuparse mucho con lo que puedan pensar los que lo escuchan. Para algunos, puede decir un escándalo, una incorrección ideológica, política o hasta ecológica (¡Horror!), pero él lo hace desde la inocencia del que no vislumbra el pecado por estar más allá del mismo.

El doctor Bianchi, médico, parte de un paciente, llega a la esencia de su padecer y descubre los cromosomas. Luego, una

rata de albañal lo introduce en la ciencia y lo lleva a enfrentarse con una autoridad mundial en cromosomas sexuales de mamíferos: Susumu Ohno. El sabio no cree en sus ideas y Bianchi, obediente, posterga la publicación de sus hallazgos. La obediencia a la autoridad intelectual es condición necesaria en un comandante nato como Bianchi.

A Bianchi le importan las personas; supo ayudar a colegas en momentos difíciles del país, dejó crecer sus discípulos sin imponerseles ni eclipsarlos, es respetuoso con sus ayudantes, en fin, humano con todos.

Su reseña, severamente auto limitada a lo científico nos privó de oírlo presentarse como médico internista y endocrinólogo, especialista en historia del jazz, degustador de whiskies de malta simple, melómano operístico, bailarín de tango y navegante a vela. Sobre esto último, no deja de extrañarme que Bianchi suela valorizar sus naufragios más que sus singladuras. Su transparencia puede esconder misterios, entonces.